

La caída le lastimó las rodillas. Notó cómo se le entumecía la zona de la rótula y sintió la humedad viscosa de la sangre pegada a los vaqueros, pero no se detuvo ni un instante, no podía. Apretó con fuerza los dientes y siguió adelante. La cuesta era cada vez más empinada y la respiración más dificultosa, más dolorosa. Levantó la mirada y vio que la cima aún se encontraba un poco lejos. Aceleró. Algunas piedras se desprendían tras su paso y le hacían resbalar. A duras penas lograba mantener la verticalidad. No podía detenerse, el tiempo se acababa.

Miró hacia Poniente. El sol empezaba a ocultarse, apenas faltaban unos minutos para que el disco solar se perdiese tras la montaña, cuyos contornos se veían ahora disfrazados por el color anaranjado del astro. Lanzó un pequeño grito de rabia y corrió aún más deprisa. Tropezó de nuevo y volvió a levantarse. Esta vez se habían roto las asas de la mochila. Profirió una maldición, ahora tenía que llevarla con las manos. Miró hacia arriba y vio que la cruz que presidía la montaña estaba ya a escasos metros, pero

era el tramo más duro, él lo sabía bien. Las líneas azules que marcaban el ascenso se tornaban cada vez más difusas, la luz era ya escasa. En lo alto, la cruz de hierro se alzaba majestuosamente, como una meta, como una frontera, observando toda la cuenca de la ciudad de Alcoy. Faltaban pocos metros de ascenso, el sudor le resbalaba por la frente y se mezclaba en algunas partes con la sangre de las rodillas y de las manos, provocada por las caídas.

Miró de nuevo hacia Poniente: ya no quedaba tiempo. En la última curva del ascenso, la respiración entrecortada se mezclaba con los sollozos de terror: sabía que no llegaría a tiempo.

Alcanzó la cima justo en el momento en que se ponía el sol. Durante un instante se quedó quieto, esperando. La noche había llegado. Miró la cruz y sus alrededores, no pasaba nada. Después sintió cómo se acercaban. Notó el murmullo confuso de la noche, y vio cómo, salidas de la nada, se aproximaban aquellas figuras oscuras, informes, inacabables. Figuras arrebatadas a los vientos que tenían un objetivo: su alma.

No perdió tiempo: sacó una pistola de la mochila. Apuntó en todas direcciones. Se sentía rodeado por las sombras y el sonido espeso de los infiernos. Había perdido. Miró al cielo: la noche, obscena, dejaba ver las primeras estrellas. Dio un grito y se metió la pistola en la boca. Apretó el gatillo.

Cuando el cardenal Tomasso Landolfi se levantó aquel día, encendió, como hacía siempre, el ordenador personal que descansaba en una mesita junto a su cama. Aquella mañana, en la pantalla, apareció el dibujo de un féretro sobre el que reposaba una rosa. Tomasso Landolfi supo en ese momento que, antes de que anocheciese, moriría. Pero era un hombre de costumbres fijas y no pensaba cambiarlas por nada. Era conocida por todos los miembros de la curia romana la proverbial puntualidad y la exactitud del comportamiento del jefe de Información Internacional del Vaticano. Eso, y su mal carácter, hacían de Landolfi una persona de pocos amigos, desagradable al trato. Y, quizá por eso también, evitaba las relaciones con las personas de su entorno y se sentía mucho más cómodo delante de los múltiples ordenadores que dirigía en la Stazione di Comunicazione Informatica, auténtico núcleo de la información de la Iglesia católica en todo el mundo.

El cardenal Landolfi rezó las oraciones matutinas y se dirigió, como cada día, a la Stazione. Allí

le esperaba el padre Bontempi, un hombrecillo calvo y apolillado, que vestía una sotana polvorienta y tecleaba en el ordenador a una velocidad sorprendente.

Aquel día, sin embargo, no entró en su despacho directamente. Se quedó mirando la plaza de San Pedro a través de los amplios ventanales del edificio. Se fijó en todos los detalles de aquel paisaje que había aprendido a amar cada día de su vida en los últimos treinta años, desde que llegó al Vaticano procedente de un pueblecito de Sicilia. Lo miró todo, despidiéndose de cada cosa, porque sabía que aquél sería su último día. Después, se encerró en su despacho y encendió el ordenador. Tenía mucho trabajo y muy poco tiempo. Ellos lo habían descubierto y ahora ya no se podía hacer nada.

Se pasó la mañana recluido en su despacho, frente al ordenador, y hasta las dos del mediodía no abandonó el trabajo. Al salir, le preguntó al padre Bontempi si sabía a qué hora se ponía el sol. Éste lo miró sorprendido y dijo que, en esa época, hacia las siete y media. El cardenal miró el reloj y suspiró. Salió de la Stazione en silencio.

No saludó a nadie. Entró en el pequeño utilitario que gastaba para sus desplazamientos y se adentró en las concurridas callejuelas de Roma. Paseó por todo el barrio antiguo disfrutando por

última vez de la ciudad, acompañado por el sonido molesto de los taxistas chillones y por decenas de turistas despistados hasta que sintió que la tarde tocaba a su fin. Entonces, se paró un momento en una ferretería y compró una cuerda. Después, dirigió el coche hacia su residencia. Cuando llegó, eran casi las siete de la tarde. La casa estaba toda en silencio. Fue hacia el aparato de música y colocó en la pletina el *Réquiem* de Mozart. A continuación, ató a la pesada mesa del despacho un extremo de la cuerda que había comprado. El otro extremo se lo anudó al cuello. Abrió la ventana. Cerró los ojos durante un instante mientras el *Réquiem* llegaba al *Confutatis*. Saltó.

La noche era cómplice. Oía el repiqueteo de los tacones de sus zapatos sobre la acera. No le gustaba e intentaba evitarlo, pero no podía. Irritado consigo mismo, pensó que se había equivocado de calzado, que tendría que haber cogido unas zapatillas de deporte y no aquellos condenados zapatos de calle que hacían un ruido de mil demonios.

En la calle no había nadie. Un viernes a las tres de la madrugada, la zona menos recomendable de la ciudad era un lugar poco transitado. Pensó que, dadas las circunstancias, sólo le faltaba que viniera alguien a atracarlo.

Se metió en un portal al oír acercarse a un par de jóvenes. Mientras se aproximaban a donde él estaba, notaba el olor de su propio sudor, el olor del miedo transpirado por su piel. Por momentos, dudaba de que todo aquello pudiera ser verdad, de que realmente estuviese a punto de hacer lo que iba a hacer. Oyó la voz ronca, ebria, de la pareja mientras se alejaba y pensó en la felicidad de aquellos dos borrachos o drogados. Ellos, al menos, no lo sabían.

Antes de salir, esperó hasta que los perdió de vista, después continuó. Cuando llegó al objetivo se quedó mirándolo. La enorme mole del edificio se levantaba en la penumbra, únicamente iluminada por una farola que había sobrevivido a las pedradas de los adolescentes del barrio. Miró a ambos lados: no vio a nadie. Se acercó al lateral del edificio. A poco menos de dos metros de altura había una ventanita de unos treinta centímetros. De la bolsa que llevaba, sacó un objeto alargado, como un bolígrafo. Con la punta, trazó una circunferencia en el cristal de la ventana y, después, con un ligero golpe, separó el círculo del resto del cristal.

Se le escapó de las manos y cayó al suelo. El estruendo que produjeron los cristales al chocar contra el suelo le pareció similar al de una bomba atómica, pero nadie advirtió nada. Sólo un gato salió disparado desde un cubo de basura. Esperó unos instantes mientras maldecía en silencio su torpeza. Sin embargo, no parecía que nadie se hubiera percatado del ruido. Después, más calmado, introdujo un cortafrío por el agujero practicado en la ventana y cortó el candado que la protegía. La ventana quedó abierta.

De un salto, se introdujo en la estancia. A pesar de sus cuarenta y cinco años y de una barriguita incipiente, se mantenía en bastante buena forma

física. No sacó la linterna. Conocía el recorrido palmo a palmo y no quería que el destello alarmase a nadie del exterior. Subió la escalera lentamente, maldiciéndose por el ruido de los zapatos, hasta que llegó a donde quería. La sala sólo estaba iluminada por el tenue resplandor del piloto de emergencia. Pero él sabía que no podía entrar aún: todos los dispositivos saltarían. Se acercó al pie de la escalera y levantó una madera disimulada. Allí estaba el control de la alarma. Conocía la combinación, pero no la marcó. Sacó unas tenazas pequeñas y cortó dos cables. Ahora estaba seguro: la alarma no sonaría.

Entró en la sala y se detuvo delante de una vitrina. La conocía de memoria, la había visto cientos de veces, pero ahora, después de todo, la veía diferente, le parecía extraña. Cogió el cortafrío con las dos manos y golpeó con fuerza la vitrina. Los cristales se esparcieron por toda la sala. Miró durante unos segundos aquello que había ido a buscar y se preguntó cómo había podido llegar todo tan lejos, después de tanto tiempo. Suspiró y se guardó el objeto en la bolsa.